

# NÚMERO 12 PRIMERA PLANA

► Hoja informativa editada por la Asociación de la Prensa de La Rioja. Plaza de San Bartolomé, 5. Logroño (La Rioja). Lunes, 24 de enero de 2011. Edición especial.

## Periodismo sin adjetivos

### Miguel Ángel Rojo ha ligado toda su carrera profesional a El Correo Español el Pueblo Vasco, de cuya edición riojana fue delegado con 26 años

Cuando te encargan hacer la semblanza o dibujar el perfil de una persona, por muy agradable que el trabajo se presente como es el caso, lo primero que uno debe hacer es elaborar un almacén de fechas y datos, personales y profesionales, de los que ir colgando anécdotas y rasgos de carácter que te permitan completar el retrato.

En el caso del periodista Miguel Ángel Rojo, a quien la Fortuna le ha concedido este año el júbilo de la jubilación y que es de quien hablamos, he de confesar que la tarea no ha sido fácil.

Tan discreto y expansivo, tan hablador y ensimismado es y ha sido a lo largo de su vida que habrá que convenir en que ése es uno –o dos– de los atributos de su carácter y una –o dos– de las señas de su personalidad.

El ADN de Miguel Ángel Rojo es una aleación de cercana distancia, cordialidad reservada, socarrona seriedad y apasionada frialdad que bien podría resumirse en su paradoja verbal preferida: ¿Por qué separado se escribe todo junto y todo junto se escribe separado?

Nacido en la capital de España y logroñés de toda la vida, abominó siempre del provincianismo y exhibe con suficiencia su condición de Gato... que nunca se ha dignado pisar los tejados de Madrid.

Ligado durante toda su vida profesional al periódico riojano El Correo Español el Pueblo Vasco (ahora ya no se llama así aunque buena parte de su contenido lo desmienta), fue Delegado (director) de la edición riojana del periódico con 26 años. Lo fue también durante un tiempo de la edición alavesa y, en una lenta pero firme progresión ascendente, ha terminado su periplo profesional como re-

dactor de a pie, que es donde más incómodamente a gusto se ha sentido.

Especialista en hacer amigos raros, me cuentan que cultivó entre otras una sólida amistad con un cubano que trabajaba en una central de alarmas y también con un argentino que acabó dándole clases de árabe, idioma tan útil como algunos otros en los que se inició con entusiasmo y aún no sabemos si con aprovechamiento.

Periodista sin adjetivos, aunque el título y la profesión se le quedaran pequeños, abominó siempre de gacetilleros y plumillas, «que trabajan como galeotes por la cuarta parte del sueldo que yo gano», como confesaba de vez en cuando.

El perfeccionismo acanallado de su pluma no le granjeó nunca amigos en las altas esferas ni admiradores en las bajas, de lo que sin duda se beneficiaron siempre los que probablemente nunca se lo agradecieron: los lectores.

Para quienes conocemos y amamos esta profesión, más cercana a la prostitución que al sacerdocio, y en la que tantos y tantas siguen vendiendo su cuerpo, su voz y su pluma por un plato de lentejas cocinado en Palacetes o Consejos de Administración, Miguel Ángel Rojo ha sabido mantener siempre la dignidad y la independencia del lobo solitario y el zumbido y el agujón del tábano cojonero.

En los años ochenta, además de colaborar discretamente en poner los cimientos de nuestra Asociación de la Prensa, de la que tanto presumimos hoy pero en cuyo alumbramiento participamos un puñado de no más de veinte profesionales que teníamos como santo y seña «el himno de la Permanente», Miguel Ángel puso en marcha en el

periódico un suplemento que parodiaba las noticias del corazón. Se llamaba 'Leucocitos News' y se adelantó en muchos años a lo que ahora hacen programas como «Sé lo que hicisteis» o «El Intermedio», aunque nadie le habrá oído presumir de ello.

Unos años más tarde, creó una sección titulada «La Semana», en la que prodigaba constantes elogios y ditirambos al afán inauguracionista y al figurativismo papanatas de nuestros próceres «mochales y automovilísticos».

Lástima que se le fuera la mano a mayores, con ocasión de la visita a nuestra ciudad de «Un hombre llamado Aznar», porque en un par de semanas –azahares del destino– la sección desapareció... sin pena alguna de Miguel Ángel, ni más gloria que la de haber existido.

Sus crónicas sobre el Festival de Cine de San Sebastián figuran entre sus más glamurosos recuerdos profesionales, ya que pudo codearse con profesionales del cine y de la crítica cinematográfica y le habían permitido expresarse más a sus anchas.

Con quien nunca se llevó bien, criado a los pechos juveniles de las linotipias y los chivaletes, fue con una señora muda y adusta llamada informática, veleidosa gobernanta que se empeñó en joderle el gusto por el adjetivo exacto y el sustantivo pertinente.

Cada cambio de programa, cada nueva aplicación eran un martirio para él, y más en los últimos años, que cuando aún no te habías familiarizado con la anterior –flechazo, noviazgo, derecho a roce... lo natural, vamos– te la cambiaban sin una explicación y sin que pudieras guardarle el pertinente luto.

Un compañero golfo y socarrón de El Correo, cuyo nombre no diré por ya dicho, me cuenta:

«Cuando nos pusieron el sistema Millenium, de entrada nos desbordó a todos. Andábamos perdidos y metiendo la pata a lo grande, y Miguel Ángel, ni te cuento. Resulta que unos ordenadores tenían unos privilegios que otros no tenían y, casualmente, a él le dieron uno desde el que podía borrar carpetas. Fue como regalarle un tanque a un insumiso. A los cinco minutos se había cargado la denominada 'Nevera', en la que teníamos almacenadas todas las páginas de fin de semana, con sus fotos y tal. Un trabajo de muchos y de mucho tiempo. Los técnicos se tuvieron que emplear a fondo y aún así no consiguieron recuperarlo todo».

Y termino.

De la infinita gama de los «rojos» que en Miguel Ángel anidan, del rosa palo al sangre de toro, apenas hemos alcanzado aquí a trazar unas pocas y desvaídas pinceladas.

Vaya en mi descargo que al menos está hecho con tanta admiración como cariño, o viceversa, y que lo aquí contado responde a la verdad.

Y quien no lo crea así, que levante la mano.

¿Nadie la levanta? Pues entonces unámoslas todos en un cálido aplauso de homenaje a alguien que, como Miguel Ángel Rojo, nunca lo ha buscado.

Y quien no lo crea así, que levante la mano.

¿Nadie la levanta? Pues entonces unámoslas todos en un cálido aplauso de homenaje a alguien que, como Miguel Ángel Rojo, nunca lo ha buscado.

JOSÉ MANUEL CALZADA



Miguel Ángel Rojo, al fondo, con sus compañeros Crescencio Cañas, Luisen y Tere Alonso, y los grandes políticos de la transición, Álvaro Lapuerta, Javier Sáenz Cosculluela y Rafael Gómez Soria. :: EL CORREO